

## Dossier. “Las Elecciones en los Estados Unidos”



Jorge Hernández Martínez\*

### ***LOS ÁRBOLES Y EL BOSQUE: Los Estados Unidos, la crisis y las elecciones de 2012***

Difícilmente existan otros procesos en la sociedad norteamericana que susciten tanto interés como las crisis y las elecciones presidenciales. Las primeras aparecen y permanecen como resultado del propio dinamismo intrínseco al sistema capitalista y a su carácter cíclico, entrando y saliendo de la escena económica y sociopolítica en una interacción periódica entre coyunturas internas e internacionales, a partir de lo cual son más o menos duraderas. Pueden pronosticarse y controlarse hasta cierto punto, mediante la aplicación de ciertas iniciativas gubernamentales (sobre todo con políticas económicas), bajo condicionamientos contextuales histórico-concretos, definiéndose entre sorpresas y certidumbres. Pero su carácter objetivo establece una ineluctable pauta en su

\* Investigador y Profesor Titular.  
Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana, Cuba.

desenvolvimiento, como fenómeno que resulta independiente de la voluntad o conciencia humana. Las segundas están sujetas, en cambio, a la regularidad cuatrienal que establece el sistema político vigente, acorde a las reglas de la competencia bipartidista, desarrollándose según un esquema invariable de pasos, momentos o etapas. En ese trayecto, su resultado está determinado por la confluencia de factores diversos, de naturaleza objetiva y subjetiva, entre los cuales la existencia de una crisis y las alternativas de superación de la misma que ofrezcan los candidatos que rivalizan es uno de los de mayor importancia. La percepción popular sobre los contrincantes, sus condiciones personales de liderazgo o carisma, la efectividad de la propaganda, los recursos financieros, el apoyo u obstaculización legislativa, el efecto de la situación mundial y hasta de hechos fortuitos, constituyen también factores que gravitan sobre la contienda presidencial. En las descripciones y predicciones derivadas tanto de las constantes encuestas especializadas en el monitoreo de la opinión pública como del análisis que ofrecen los medios de comunicación, instituciones políticas y académicas, la visión sobre la crisis y las elecciones en los Estados Unidos se nutre de referencias a tales factores, y se construye acudiendo a numerosos datos, cuya profusión estadística y anecdótica hacen posible un seguimiento detallado de gran utilidad para calibrar constataciones y pronósticos.

Sin embargo, con frecuencia sucede que la atención desmesurada sobre cifras y acontecimientos conduce a interpretaciones basadas en una lógica lineal, que reducen el escrutinio analítico a una sumatoria mecánica o serialización episódica de datos que termina por ser abrumadora, con un valor relativo. Este enfoque unidimensional produce a menudo razonamientos circulares y reducciones cognoscitivas, que oscilan entre la caracterización de la macroeconomía, las biografías de los candidatos a la presidencia, el derrotero de las primarias y de la campaña en su conjunto. Aunque son eslabones imprescindibles en la cadena epistemológica

que lleva al conocimiento científico de la política norteamericana, tales razonamientos y hechos, si bien constituyen momentos necesarios, no resultan suficientes para interpretar el proceso real, más amplio, profundo y complejo, que se halla involucrado, en tanto que si no se insertan con creatividad en un cuadro interpretativo global, pueden propiciar visiones parciales o hasta engañosas. En sentido figurado, sería como si la visualización de los árboles impidiese ver el bosque. Especialmente, cuando en la situación específica que es objeto de estudio se conjugan los escenarios de crisis y de elecciones presidenciales.

Una circunstancia como esa fue, justamente, la que rodeó al proceso electoral que tuvo lugar en 2012 en los Estados Unidos, teniendo como acompañamiento la persistencia de una ya prolongada crisis económica y financiera que desbordaba incluso el territorio nacional, ante cuya gravedad las medidas adoptadas por la Administración Obama parecían, prácticamente, impotentes.

Si la victoria electoral del candidato demócrata en los comicios de 2008 había constituido un acontecimiento de gran trascendencia en la historia política norteamericana, con resonancia mundial, su reelección y el inicio de un segundo mandato no lo serían menos. En medio de una enmarañada situación interna, junto a un no menos complejo entramado internacional, los Estados Unidos se enfrentan, más allá de 2012, a tendencias y contradicciones sin definiciones claras y precisas en cuanto al modo de encarar sus retos y de aprovechar sus oportunidades. Por un lado, a nivel doméstico, la nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, polarizaciones políticas, rivalidades ideológicas. Por otro, en el ámbito externo, el país ha seguido inmerso en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario de internacional de crisis económica, de conmociones sociales y de inestabilidad política. En su articulación, tales procesos y conflictos caracterizan el rumbo

actual de la sociedad y la política norteamericana, gravitando también sobre su futuro en el corto y mediano plazos. El presente artículo intenta orientarse entre contextos, interrelaciones e hipótesis, procurando distinguir entre los árboles y el bosque, con la intención de avizorar, desde América Latina, la silueta que proyecta ese derrotero bajo la segunda Administración Obama. La comprensión adecuada de sus alcances y límites en los próximos años aporta una útil herramienta analítica al pensamiento crítico comprometido con un mundo mejor, que es posible.

### **Premisas**

A fin de incursionar en el tejido estadounidense y discernir entre acontecimientos, coyunturas y tendencias, el análisis parte de algunas puntualizaciones básicas. Ante todo, hay que recordar que el proceso electoral en los Estados Unidos está definido por particularidades que se corresponden con la peculiar implantación histórica del modo de producción capitalista y del régimen político demoliberal, desde la propia formación de la nación. Sus soportes conceptuales establecen el federalismo, la división tripartita de poderes y el bipartidismo como características del sistema que rige la dinámica política que, cada cuatro años, conduce a la elección del presidente del país.

El sistema político norteamericano está conformado, a grandes rasgos, por tres subsistemas, cada uno de los cuales posee una lógica sistémica propia: el de gobierno, el electoral y el partidista. Asumido en su conjunto, dicho sistema (según fue concebido por los llamados “padres fundadores” de la nación en el último cuarto del siglo XVIII), descansa sobre un subsistema de gobierno que, supuestamente, cuenta con el consentimiento de los gobernados. De ahí que sea a través del voto, del proceso eleccionario, que los gobernados puedan expresar, casi que de manera exclusiva, esa adhesión.

Así, el subsistema de gobierno y el subsistema electoral están estrechamente interrelacionados. Los ejercicios cuatrienales para ocupar la Casa Blanca --mediante los cuales se lleva a cabo la elección del presidente y la designación del vicepresidente del país--, junto a las elecciones legislativas cada dos años, en que se renueva la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio del Senado, a los comicios estatales para gobernadores y legisladores a ese nivel, y a los que ocurren a niveles locales o municipales, donde se eligen los alcaldes y una serie interminable de otros funcionarios de base, dan muestra de la centralidad del voto en el sistema político norteamericano.

En ese entramado se integra también el subsistema partidista. Los dos partidos políticos tradicionales de los Estados Unidos --el Demócrata y el Republicano--, son los principales contendientes en los comicios a todos los niveles, aunque, por supuesto, no son los únicos partidos políticos que existen. Los Demócratas y los Republicanos, sin embargo, monopolizan el juego político electoral, al punto de ser considerados más bien como coaliciones electorales en pugna por ocupar los cargos electivos.

Aunque el sistema político, como totalidad, se presenta a sí mismo en los Estados Unidos como una democracia, ninguno de los dos documentos fundacionales de la nación --la Declaración de Independencia de 1776 o la Constitución de 1789, aún vigente, perfeccionada con sucesivas Enmiendas--, desarrolla la palabra democracia. De hecho, los principios sobre los que se erigió este sistema, como el de contrapesos y balances, entre las tres ramas de gobierno (la Ejecutiva, la Legislativa y la Judicial), el férreo control de los cargos electivos por parte de los dos partidos principales, y la elección como la única forma de participación de los ciudadanos en los procesos políticos, indican que el sistema político norteamericano fue diseñado para que los poderes del Estado que se creaba a partir de la independencia de las Trece Colonias británicas quedaran

firmemente en manos de la clase burguesa dominante, y no fueran amenazados sus intereses por la irrupción de las masas con sus demandas democráticas.

En consecuencia, el subsistema electoral norteamericano no ha sido concebido, desde su temprana articulación histórica y hasta el presente, para cambiar el sistema, sino para reproducirlo y consolidarlo. Bajo estas premisas, los resultados del reciente proceso electoral de 2012 deben interpretarse más en términos de continuidades que de cambios, sin que ello ignore ajustes, reorientaciones y ciertas mudanzas, impuestas por el dinamismo de las circunstancias. Dado el contexto doméstico en que tuvo lugar ese proceso y los marcos económicos y políticos reales en que se debe mover la nueva Administración Obama, las posibilidades de cumplir con las prioridades declaradas --el control de armas, la reforma migratoria integral y la fiscal--, presumiblemente, encontrarán más límites que oportunidades.

### **Las elecciones de 2012: preguntas e interpretaciones**

Como es conocido, el último proceso de elecciones presidenciales en los Estados Unidos culminó el día 6 de noviembre de 2012, cumpliendo con el mandato constitucional que define la realización de tales comicios en el segundo martes de dicho mes. El candidato demócrata, Barack Obama --quien a diferencia de 2008, cuando basó su campaña en la consigna del cambio (change), ahora llamaba a seguir adelante (go forward)--, lograba ese día la reelección como presidente, advirtiéndose que ganaba en la casi totalidad de los llamados estados pendulares (swing states) y en más de la mitad de todos los estados. El triunfo fue respaldado por un total de 303 votos electorales, lo cual superaba con creces la cifra mínima requerida, de 270. A la vez, obtuvo 58,537,310 de votos populares, lo que superaba ligeramente el 50 %, en tanto que la derrota del contrincante republicano, Mitt

Romney se resumió con 206 y 56,363,885, equivalente esto último a un 48 %. Por su parte, Gary Johnson, rival por el Partido Libertario, alcanzaba 1,087,503 votos. Según sería ampliamente divulgado por los medios de prensa, las elecciones se llevaron a cabo en medio de cuestionamientos y denuncias por diversas irregularidades entre las que destacaban las quejas sobre el mal funcionamiento de máquinas de votación, largas filas e información errónea sobre los sitios de sufragio. El mismo día fueron electos, en el ámbito legislativo, 33 senadores, así como la totalidad de 438 representantes, 11 gobernadores y varios legisladores a nivel estadual.

En las elecciones legislativas, el resultado reflejó ciertos avances en las posiciones demócratas, en comparación con la composición del Congreso establecida por los comicios de medio término de 2010. En el Senado alcanzaron una mayoría, palpable en 53 de los 100 asientos; en la Cámara, si bien se mantuvo el control republicano, se produjo un incremento significativo, ya que de 193, ascendieron a 200 escaños, contrastante con la disminución de la cifra de republicanos, que decrecieron de 242 a 234. Este movimiento en el ámbito legislativo no debe interpretarse sólo a partir de los cambios cuantitativos, sino desde un punto de vista cualitativo, dada la característica señalada, concierne a que el sistema político norteamericano se basa en un juego de contrapesos y balances entre sus ramas de gobierno. En este sentido, debe quedar claro que si bien la elección presidencial conlleva una importancia fundamental, la victoria en la misma no garantiza que el presidente electo tenga el control pleno de los procesos de toma de decisiones, ni tampoco que pueda implementar con eficiencia el programa de gobierno esbozado durante el periodo de campaña. De modo que existen razones para pensar que, si bien Obama logró mantenerse en la presidencia, ello no significa que tendrá, de forma automática, segura, lineal, un período tranquilo en el ejercicio de su segundo mandato, y en particular, en la relación Ejecutivo-Congreso. Este ámbito de

la política doméstica puede, por tanto, constituir una escena de conflicto entre la Administración demócrata y las posiciones republicanas entre los congresistas.

Al nivel de base, los republicanos reforzaron sus posiciones en los gobiernos locales y en los legislativos estatales. En ese sentido, luego de las elecciones de 2012, los Estados Unidos se muestran como un país fragmentado en lo referente a las capacidades federales del Ejecutivo y las posibilidades reales del Congreso para neutralizarlas. De una parte, se aprecia que el poder central se halla en manos demócratas; de otra, se pone de manifiesto el contrapeso representado en la autonomía de los poderes estatales, controlados por las bases republicanas.

Al concluir el 6 de noviembre, Obama expresó (con palabras bastante cercanas a las que siguen) que lo mejor estaría aún por venir, en un discurso pronunciado con tono esperanzador ante miles de seguidores, tras ganar su reelección, tendiendo la mano a su derrotado adversario, asegurando que había aprendido de sus electores. Con posterioridad, al prestar juramento el pasado 21 de enero, afirmó que estaba terminando una década de guerra y que una recuperación económica había comenzado. Naturalmente, como revela la historia estadounidense, una cosa es el discurso presidencial y otra el decurso de los hechos.

Sobre la base de lo expuesto, quizás convenga detener la mirada en el contexto interno que define a la sociedad norteamericana en su conjunto luego de realizada la elección presidencial de 2012 y de terminado el primer período de gobierno de Obama, y en las perspectivas que se dibujan para la nueva Administración a partir del segundo mandato, a comienzos de 2013, luego de la toma de posesión. ¿Cuáles son las principales tendencias y contratiempos gubernamentales que se advierten en el escenario político e ideológico de los Estados Unidos? ¿Pueden considerarse como resultados de un devenir histórico que ha conducido a una crisis de legitimidad, de consenso o hasta cultural,

teniendo como telón de fondo la acumulación de efectos de la grave crisis económico-financiera y de las circunstancias depresivas por la que ha atravesado el país? ¿Se proyectan tales tendencias y contradicciones más allá de la recién concluida coyuntura electoral, conformando una perspectiva de mediano y largo plazos? Para responder a estas interrogantes, es necesario examinar algunos antecedentes, así como los procesos que aún se despliegan. Así se podrían reconstruir contextos en el esfuerzo por apreciar tanto el bosque como los árboles en la sociedad estadounidense más allá de 2012.

La segunda Administración Obama se conforma a partir del legado de transformaciones sucesivas operadas en la estructura de la sociedad y de la economía en los Estados Unidos, que han propiciado mutaciones tecnológicas, socioclasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura y el papel de la nación en el mundo. Se trata de cambios profundos que durante los últimos treinta años han modificado la fisonomía integral norteamericana, generando una gradual y creciente incapacidad del gobierno para cumplir con sus funciones, un debilitamiento de los partidos, una independización de la acción de los legisladores, junto a una enajenación o extrañamiento del electorado ante el sistema político, que lleva a una buena parte de la población hacia conductas de abstencionismo, indiferencia, incredulidad, desconfianza. Ello ha erosionado las bases ideológicas del consenso y alejado el centro de gravedad del espectro político del liberalismo tradicional, condicionando el agotamiento del proyecto nacional que se estableció en los años de 1980, bajo la denominada revolución conservadora y que tomó un aliento renovado o “un segundo aire” como secuela de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

El proceso derivado tanto de las citadas transformaciones iniciadas en 1980 con el doble período de gobierno de Ronald Reagan

como del agotamiento implicado durante las dos Administraciones de George W. Bush luego de 2000, no ha conllevado, aún, una versión sustitutiva del proyecto nacional; de modo que ante tales indefiniciones, los Estados Unidos enfrentan un escenario de transiciones objetivas que mantienen tensiones y enfrentamientos e impiden la rearticulación subjetiva del consenso y el restablecimiento de la legitimidad cuestionada. Las elecciones de 2012 expresaron esa contradicción, dada la incapacidad de los partidos y de sus propuestas para presentar opciones genuinas ante un escenario que las necesitaba y reclamaba. Si bien el proyecto conservador avanzado por Reagan a lo largo de una década y rescatado por W. Bush durante casi otro decenio, concluyó con su visible decadencia, sus reminiscencias aún perduran, en tanto que no cristalizó una definición alternativa desde el liberalismo ni se definieron perspectivas de un cambio viable en el corto plazo.

### **La crisis ideológica y cultural norteamericana como trasfondo actual del proceso político**

Las expectativas que se crearon desde la anterior campaña presidencial durante 2008 (cuando Obama se proyectaba como candidato por el partido demócrata, esgrimiendo la consigna del cambio, y formulando las promesas en que basó el inicio de su gobierno), son expresión de lo anterior, como también lo es la frustración que ha provocado la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño entre 2009 y 2011, junto a las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de Wikileaks. Ese contrapunto reflejaba tanto las esperanzas como las desilusiones de una sociedad que, desde el punto de vista objetivo se aleja cada vez más del legado de la Revolución de Independencia y de ideario de los “padres fundadores”, en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el

anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujan de manera casi constante y creciente; pero que en el orden subjetivo es moldeable, influenciado por las coyunturas políticas y sus manejos. De modo intermitente, ello se manifiesta en las oscilaciones, casi constantes, en los niveles de popularidad de la figura presidencial. Así, por ejemplo, el asesinato de Osama Bin Laden propició un notorio mejoramiento (aunque bastante efímero) de la imagen de Obama, quien de inmediato quiso capitalizar el hecho en términos de que cumplía sus promesas, y de utilizarlo en función de su campaña para la reelección.

Obama ha prestado mucha atención a la dimensión moral de la política. No ha sido, desde luego, algo casual. Los valores y principios que definen a la sociedad norteamericana tienen su raíz, como en cualquier país, en las simientes de su historia nacional. Si uno quiere entender las bases que sostienen el proceso de integración de una cultura, no puede obviar la mirada hacia su etapa fundacional. Es en la articulación inicial de los factores y condiciones que se mezclan e interactúan, en esa secuencia, que se vertebra la armazón del sistema de valores, el conjunto de concepciones, que caracterizará luego la psicología nacional, la idiosincrasia, la cultura política de una nación. De ahí que los soportes de los Estados Unidos en el siglo XXI se encuentren, aún, en el proceso mismo de su formación como país independiente. Se trata de piedras filosofales.

Desde este punto de vista, conviene tener presente que Estados Unidos no solamente se presenta como guardián (gendarme internacional) de la civilización (libertad y democracia); también son la nación pujante, emprendedora, que impulsó la producción en masa para el consumo generalizado que, en la lógica del capital, es condición para que exista la posibilidad de bienestar material alcance a toda la humanidad. Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado, son parejas de valores sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del American Dream y del American Way of Life.

Los Estados Unidos lograrían, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición segregacionista e intervencionista, construir un imaginario social libertario, inundar al mundo con mercancías producidas masivamente e incrementar el ingreso de sus trabajadores, produciendo el mito de ser una sociedad con oportunidades para todos, basada en la libertad y la democracia, condición “imprescindible” del éxito económico, tecnológico y científico, que se puede alcanzar en un medio como el norteamericano, en verdad profundamente elitista, polarizado, discriminatorio, desigual.

Desde el preámbulo de ese documento fundacional en la historia de los Estados Unidos, que es la Constitución, los llamados padres fundadores comienzan a argumentar la visión engañosa, adormecedora, al escribir las primeras palabras: “Nosotros, el pueblo...”. Como lo puntualiza el historiador Howard Zinn, “con ello intentaban simular que el nuevo gobierno representaba a todos los americanos. Esperaban que este mito, al ser dado por bueno, aseguraría la tranquilidad doméstica. El engaño continuó generación tras generación, con la ayuda de los símbolos globales, bien fueran de carácter físico o verbal: la bandera, el patriotismo, la democracia, el interés nacional, la defensa nacional, la seguridad nacional, etc. Atrinchieron los eslóganes en la tierra de la cultura americana”.

El escritor Gore Vidal se ha referido a la crisis de confianza, de legitimidad, que sacude a la sociedad norteamericana, a su población, y ha explicado el llamado sentimiento “antinorteamericano”, a partir de la carga negativa que se han echado encima los gobernantes de ese país, al promover represión interna y rapiña exterior, casi desde el mismo momento en que promovieron la Declaración de Independencia, hace doscientos treinta años. Vidal tiene razón. Así se entiende el grado de antinorteamericanismo que existe en la actualidad. Es que además del individualismo, el puritanismo, el espíritu de empresa, el liberalismo-conservador, la filosofía

maquiavélica de que el fin justifica los medios (la ética de la falta de principios y de escrúpulos) definen a nivel psicosocial a una buena parte de la cultura política de los Estados Unidos.

En su segundo período, el entonces presidente George W. Bush Bush procuró remozar su lenguaje, trasladando el énfasis situado en el terrorismo hacia temas como la defensa de la libertad, la democracia y la lucha contra las tiranías en todo el mundo. A pesar de que su legado conservador parecía agotado y que el renacimiento, con Obama, de una alternativa al menos cercana al liberalismo, apuntaba hacia un escenario de mayor racionalidad y coherencia, ha seguido haciéndose evidente la naturaleza hipócrita de la política de los Estados Unidos. En este sentido, Obama no se distanciaría mucho, más allá de la retórica, de ciertas posturas de W. Bush. Tómese en cuenta, por ejemplo, la aludida trayectoria de Obama, desde que en 2008 basa su campaña en la consigna del cambio las acciones que prometió; su aceptación del Premio Nobel de la Paz en 2009; su declarado abandono del concepto de guerra preventiva contra el terrorismo en la su alocución que hizo al presentar la Estrategia de Seguridad Nacional 2010. Examínese el desempeño real de la política interna (al endurecer el tratamiento hacia los inmigrantes y posponer la reforma migratoria integral) y de la exterior seguida durante su primera Administración (continuista del intervencionismo habitual). Compárense la retórica de Obama con la permanencia real de concepciones militaristas bastante tradicionales, como las contenidas en ese mismo documento y saltan a la vista las contradicciones o inconsistencias.

Todo ello ha tenido lugar en un escenario interno marcado por la ofensiva de la derecha en ascenso, de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, encarnadas en el Tea Party. Y si bien el movimiento Occupy Wall Street ha expresado la capacidad contestaría, la inconformidad y rechazo de no pocos sectores sociales ante la oligarquía financiera, se trata de un fenómeno que no ha

logrado aún cristalizar como una fuerza política que rompa el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo. Para el intelectual Thomas Frank, desde que los conservadores asumieron las principales palancas del gobierno durante la primera década del presente siglo, se han concentrado en eliminar de la faz del país todo pensamiento u opción política que sea liberal, progresista o inclinada a la izquierda, alegando que los vicios que dañan la sociedad y la cultura nacional son privativos de las corrientes liberales y progresistas (corrupción, exceso de gastos fiscales, etc.). Con semejante perspectiva manipuladora, se hace evidente el carácter cínico y perverso de ese discurso conservador, que pretende argumentar el “daño” que el liberalismo le ha causado a la nación, la necesidad de articular un movimiento de “mano dura” que lo neutralice.

En una línea similar de análisis, según el politólogo Carlos Alzugaray, “la crisis político-ideológica que enfrentan los Estados Unidos en este momento es la resultante del intento del movimiento conservador por hegemonizar y dominar permanentemente el entramado político norteamericano hacia el futuro. Respecto a cómo se resolverá esta crisis no hay ese nivel de consenso”. Coinciden con este criterio otros investigadores, como Susan George, quien al referirse al predominio del conservadurismo actual en la sociedad norteamericana utiliza la expresión de que el “pensamiento ha sido secuestrado” por la derecha, y que difícilmente pueda ser desmantelado, con lo cual concuerdan, por ejemplo, John Micklethwait y Adrian Wooldridge.

Lo cierto es que, a juzgar por algunas manifestaciones durante la campaña electoral del 2008, esta batalla de ideas por la hegemonía del pensamiento norteamericano -cuestión fundamental para el futuro de ese país y del mundo--, está planteada en términos muy claros. Con su estilo peculiar, reflejo de lo peor de la política estadounidense, la entonces candidata a

Vicepresidente del Partido Republicano, Sarah Palin, demostraría cuáles eran los ejes del debate. En sus alegatos contra Barack Obama, reiteró constantemente el cuestionamiento de sus credenciales patrióticas, sugiriendo inclusive que un Presidente así representaría una amenaza a la seguridad nacional del país. Lamentablemente, criterios como esos mantienen una notoria vigencia en el tejido ideológico de la sociedad norteamericana actual. La cultura política en los Estados Unidos está fuertemente impregnada de esas ideas, al punto que conforman el telón de fondo de los procesos que protagonizaron la escena electoral de 2012 y que persisten, como condicionantes de las tendencias futuras.

En el contexto así esbozado, donde se ha llamado la atención sobre algunos de los principales procesos en curso, se dibuja un cuadro definido por la crisis, que afectaría por partida doble el clima sociopolítico norteamericano durante el despliegue de la campaña electoral de 2012. Por una parte, el consenso interno mantuvo vivas las condiciones que cuestionaban la imagen presidencial, la del partido demócrata y la capacidad del liberalismo como alternativa ideológica. Por otra, se puso entre interrogantes, hasta muy avanzada la contienda, la viabilidad de las opciones político-ideológicas republicanas y conservadoras, con el agravante de que no se visualizaba una figura descollante en este campo, que rivalizara por sus cualidades personales con Obama, en medio de la gran constelación de figuras, entre las que coexistían Next Gingrich, Ron Paul, Rick Santorum y otros, hasta que la última etapa de las primarias y finalmente, la Convención Nacional del Partido Republicano, definieran a Mitt Romney como su candidato.

### **Más allá de las elecciones presidenciales de 2012**

Sobre la base de la situación expuesta, en un intento por resumir los aspectos que

conforman el entorno actual y la trayectoria futura de la sociedad estadounidense, podrían puntualizarse los siguientes, partiendo de que el horizonte que se distingue desde los inicios de 2013 está signado tanto por profundas contradicciones clasistas, derivadas de la aguda polarización socioeconómica entre los poseedores y los desposeídos, entre ricos y pobres, como por conflictos políticos asociados al acceso a las cuotas de poder al interior de la clase dominante, que se expresan en las posturas partidistas, pero que al mismo tiempo, las trascienden.

En el corto plazo, la estructuración de la nueva Administración Obama permitirá ponderar la verdadera voluntad del Presidente por continuar el rumbo del período inicial, en la medida en que se tomen las primeras decisiones (sobre todo aquellas concernientes a promesas aún pendientes y a problemas que se arrastran desde 2009), se proyecten los contenidos de sus discursos, y en que sean designados los principales funcionarios que asumirán los cargos estratégicos para el desenvolvimiento de la economía, la política social y la exterior.

Como resultado de las elecciones de 2012, ha persistido un gobierno dividido, en el que junto al Presidente demócrata coexistirá, al menos por un tiempo no despreciable, una Cámara de Representantes y con no pocas bases estatales y distritales en manos republicanas.

La política norteamericana seguirá marcada, en el corto y mediano plazos, por la incertidumbre, la agudización de las contradicciones entre los dos partidos y cierta ingobernabilidad del sistema.

Es difícil predecir, a la luz del presente, si Obama logrará recuperar, durante su segundo mandato, el apoyo popular que obtuvo en los mejores momentos de su anterior Administración. Ello dependerá de una combinación de factores, no tanto asociados a un probable desempeño económico superior al alcanzado antes, sino a la posibilidad de que el debate interno en torno a sus políticas a favor de la economía y la recuperación del



empleo ganen el apoyo de las mayorías y no sean mediatizadas por debates en el Congreso, volviéndolas inefectivas.

Desde el punto de vista económico, los efectos acumulados de la crisis y las condiciones depresivas seguirán definiendo un cuadro cuya gravedad es valorada por los especialistas en términos de un sostenido nivel de desempleo y débiles señales de recuperación, junto a altos niveles de deuda federal, así como por una posible y no muy lejana recesión.

La nueva Administración seguirá esforzándose por implantar políticas que creen puestos de trabajo y disminuyan el desempleo. El Partido Republicano, desde su posición hegemónica en la Cámara, continuará tratando de derrotar las iniciativas en tal dirección. La política adoptada dependerá de cuán fuertemente se puedan imponer los republicanos y, dentro de ellos, los criterios y las presiones del Tea Party, en un contrapunto con las probables habilidades de la nueva Administración.

Como un elemento que gravita también en el escenario del corto y mediano plazos se halla la presencia de las tendencias neofascistas, que aunque limitadas, favorecen a nivel de la sociedad en su conjunto al dinamismo de la derecha dentro de los límites del funcionamiento del sistema político norteamericano. Como es conocido, la connotación radical de las acciones y propuestas que se acercan a la ideología fascista no encuentran cabida en las tradiciones políticas de Estados Unidos desde el punto de vista de una inserción institucional y suelen ser rechazadas por su carácter antidemocrático y su beligerancia. Pero en el sentido de movilización de los estados de opinión en el electorado conservador o que por lo menos critican al liberalismo, inclinan la balanza a favor de las posiciones de derecha, sobre todo cuando asumen posturas extremistas.

Sin embargo, el activismo de las fuerzas de extrema derecha, si bien conforma un bastión sumamente radical y reaccionario que

confronta al liberalismo, conduce a la vez, paradójicamente, a la fragmentación de las tradicionales posiciones conservadoras, contribuyendo a la división interna del partido republicano y amortiguando, por tanto, su resonancia y viabilidad.

A largo plazo, el impacto estructural acumulado de los cambios económicos y sociales que se han venido desplegando desde hace varias décadas, desde los años de la revolución conservadora, junto a los procesos en curso, de gestación más reciente, terminarán por imponer una nueva fisonomía productiva y tecnológica y hacer inevitable reajustes en la estructura de la sociedad norteamericana, con repercusiones para las relaciones sociales, la cultura y la vida política.

La necesidad de desarrollar de manera racional el consumo de energía e incrementar en la matriz energética el peso de las energías renovables es uno de los mayores retos, con consecuencias sociales, que marcarán el futuro de los Estados Unidos.

La pérdida de la capacidad hegemónica de ese país seguirá reflejándose en nuevas limitaciones y espacios para su desenvolvimiento en el sistema de relaciones internacionales, en unos casos debilitando, en otros, fortaleciendo, su nexos con los aliados, al mismo tiempo que condicionando su confrontación con los adversarios, en un mundo crecientemente diverso, competitivo y con capacidad de reacción. Ello tendrá las consiguientes implicaciones para el imaginario de la sociedad estadounidense, en la cual continuarán acumulándose desilusiones y frustraciones, ante la constatación de que la nación se debilita objetivamente, junto a sus valores y mitos, en el plano subjetivo, erosionándose tanto la confianza en las instituciones políticas, incluyendo los partidos, el Congreso, el gobierno y la presidencia, como la identidad nacional norteamericana.

Los cambios demográficos llevarán, en las próximas dos o tres décadas, a que la población anglosajona pierda --o siga

perdiendo-- su posición mayoritaria en la pirámide poblacional y se abra un mayor espacio a las llamadas minorías, en consonancia con la profundización de las tendencias que vienen manifestándose hace años, especialmente en cuanto a la presencia y proporción creciente de los “latinos”, afroamericanos y asiáticos en la sociedad estadounidense.

El proceso de envejecimiento de la población es un factor que provocará una mayor demanda de servicios gubernamentales en atención a la salud y la seguridad social que no pueden ser sostenidos por los ingresos gubernamentales con la actual organización de los mismos.

Desde el punto de vista de sistema social, las insuficiencias institucionales en la educación y la formación de personal calificado en la ciencia y la técnica, que ya tiene repercusiones, llevará consigo una progresiva afectación a la capacidad de desarrollo económico del país.

En resumen, los Estados Unidos continuarán afectados, más allá de la coyuntura dada por la contienda presidencial de 2012, por una contradicción que se tornará más aguda, entre dos fuerzas políticas dominantes: por un lado, las fuerzas conservadoras representadas, hoy en el mencionado *Tea Party* y otros núcleos afines, al estilo de la llamada “nueva derecha”, la “derecha religiosa” y los “neoconservadores”, de un lado. Y de otro, las fuerzas liberales que lograron un importante triunfo en las elecciones del 2008, llevando al poder a Obama y al partido demócrata con importantes mayorías, cuya reiteración en los comicios de 2012 llevó consigo una disminución de su fuerza, en el contexto de profundización de los problemas económicos en el país, lo que se evidenció tanto en el desgaste de la popularidad de Obama como de las fuerzas demócratas que le respaldaron.

El enfrentamiento políticamente intenso entre esas dos fuerzas continuará marcando el ritmo del proceso norteamericano en el corto plazo, y eventualmente, en el mediano y

hasta en el largo. El liberalismo tradicional ha dejado de ser una alternativa viable en la sociedad norteamericana, moviéndose cada vez más hacia posturas de centro-derecha y alejándose de sus puntos de contacto anteriores con el pensamiento de izquierda. Es previsible un contexto político-ideológico marcado en el corto plazo por la continuidad de las contradicciones en curso, donde los sectores conservadores tienen un terreno fértil para moverse. Esas tendencias se expresarán dentro y fuera de los dos partidos electorales, con espacios mayores a nivel de los movimientos sociales, en una escena contradictoria, donde la izquierda no desaparecerá, pero sin significación política de relieve.

Con todo, la escena que se configurará en los Estados Unidos luego de los comicios presidenciales de 2012 confirmará que en ese país, como ya se ha señalado, las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo, dando continuidad a un contradictorio camino, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales, en el que ni los partidos (demócrata y republicano) ni las corrientes ideológicas (liberal y conservadora) estarán en condiciones de ofrecer opciones viables que consigan solucionar las crisis.

Como lo señaló el sociólogo Marco A. Gandásegui, “el triunfo de Obama, sin mucha alegría y con poca esperanza, es posiblemente una primera señal de una crisis de hegemonía que ponga fin al culto al mercado y al consumo”. Está por verse si en este caso se cumple la tradición o pauta que dice que los presidentes de los Estados Unidos dedican su segundo mandato a dejar su huella en la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alzugaray Treto, Carlos, “La administración Bush y la historia reciente de Estados Unidos: crisis hegemónica, sobredimensionamiento imperial o comienzo de la decadencia final” (mención en Concurso “Pensar a Contracorriente 2008), en: *Pensar a Contracorriente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
- Cooper, Michael, “Palin, on Offensive, Attacks Obama’s Ties to ‘60s Radical”, reportaje en *The New York Times*, 5 de octubre del 2008. <http://www.nytimes.com>.
- Frank, Thomas, *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?*, New York, Metropolitan Books, 2008.
- Gandásogui, Marco A. (hijo), “Obama triunfa sin mucha alegría y con poca esperanza”, en *América Latina en Movimiento*, 2012-11-07, <http://alainet.org/active/59404&lang=es>
- Hernández Martínez, Jorge, “Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo: ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama?”, en: *Cuba Socialista*, No. 55, Abril-Junio, La Habana, 2010.
- Jefferson, Thomas, to James Madison on the ‘Oppressiveness’ of an ‘Energetic’ Government and the Need for a ‘Bill of Rights’ in the New Constitution”, en Andrew Carroll (Editor), *Letters of a Nation. A Collection of Extraordinary American Letters*, Broadway Books, New York, 1999.
- Miclethwait, John y Adrian Wooldridge, *Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007.
- Sánchez-Parodi, Ramón, “¿E Pluribus Unum? Reflexiones sobre las elecciones de 2004: Antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América”, en Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Los Estados Unidos a la luz del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008.
- Vidal, Gore “De cómo los estadounidenses llegamos a ser tan odiados”, (Entrevista con Marc Cooper, *Weekly* (5-11 de julio de 2002), en: *Resumen Latinoamericano* 165, agosto 17 de 2002.
- Zinn, Howard, *La otra historia de los Estados Unidos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005.